

LOS TIEMPOS DE LA ORIENTACIÓN Y LA ELABORACIÓN DE UN PROYECTO PERSONAL

Miguel Gallegos

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

RESUMEN

El presente artículo sostiene algunas reflexiones epistemológicas sobre la orientación y la construcción de un proyecto personal. Fundamentalmente se considera el papel del tiempo y su importancia para el sujeto en la elaboración de su proyecto personal. De allí se enfatiza la necesidad de tener teorías que aborden el tema de la temporalidad de manera apropiada para entender y explicar los sucesos de la temporalidad en el sujeto. Se concluye destacando la importancia en la actualidad de poder contar con un proyecto como resguardo ante la desorientación. Así mismo se insiste en la posibilidad que tiene el sujeto de forjarse un futuro mediante la resignificación de su propia historia.

Introducción

Para comenzar, el presente artículo sostiene algunas reflexiones epistemológicas sobre lo que ha significado la construcción de los grandes proyectos de la humanidad. En este contexto, las elucidaciones se mueven desde lo que se entiende por la caída de los grandes relatos en la posmodernidad a las posibilidades de construcción de un proyecto personal, entendiendo como elaboración personal el conjunto de significaciones singulares y familiares inscritas en la arquitectura psíquica del sujeto. En un segundo momento, se discute desde una perspectiva teórica, la manera en que el sujeto construye su proyecto personal de acuerdo con el tiempo singular y socio-cultural en el que se encuentra. El interrogante queda planteado en cuanto a qué posición adopta el sujeto respecto de su tiempo y su deseo. Hacia el final se retoma la cuestión de la elaboración del proyecto personal y la manera en que el sujeto conecta su deseo con el presente

a través de una historia resignificada.

Una aproximación epistemológica

El último período del siglo XX fue testigo del final de los grandes proyectos en muchos dominios de la ciencia. En su lugar están apareciendo una diversidad de pequeños proyectos que alimentan modestas pretensiones. Con el final de siglo se comenzó a crear una concepción, difundida en todos los ámbitos científicos, de que no hay una racionalidad definitivamente válida o legítima, sino sólo “paradigmas locales”, válidos en un sentido limitado (Fischer, 1997). Categorías consideradas tradicionalmente indispensables han empezado a desmoronarse, y al mismo tiempo fueron creando grietas en el saber que atraviesa la época.

La crisis de los fundamentos de la ciencia se ha ido desplazando a todo el conjunto de saberes que orientó y gobernó las acciones humanas durante

LOS TIEMPOS DE LA ORIENTACIÓN

largo tiempo. Paralelamente a este contexto de desplazamientos y repercusiones en el ámbito de la ciencia, lo sociocultural ha crecido en nuevas inquietudes e interrogantes. Conjuntamente con las “grandes respuestas”, se cayeron también las metáforas que instrumentábamos para navegar por aquellas configuraciones socioculturales. El recorrido del pensamiento científico y las maneras diferentes de *pensar la ciencia* constituyen un factor histórico estratégico, clave para el desarrollo de las sociedades. Vale decir que se consideran verdaderos aquellos saberes que coinciden con los objetivos y necesidades del poder vigente. No en vano éstos poderes contribuyen a legitimar y fortalecer la credibilidad de los resultados de la ciencia y es por ello que se validan las prácticas sociales que regulan valores y conductas de la ciencia. En términos más o menos parecidos, es el planteamiento que sostiene Kuhn (1988) respecto de lo que es un paradigma. En la historia de la ciencia, las grandes revoluciones han demostrado que la ruptura de lo previo se inscribe en la construcción de un nuevo proyecto que intenta dar respuestas pertinentes a las necesidades humanas. Sabemos que los paradigmas nos gobiernan, tengamos o no conciencia de ello. Los paradigmas son configuraciones multirreferenciales que atraviesan una época y condicionan maneras de pensar. Esas maneras de pensar se van trasladando a maneras de hacer que la época expresa en sus prácticas, instituciones, organizaciones, normas, leyes, etc. Pero los paradigmas no sólo condicionan ciertas maneras de pensar, sino también maneras de aprender, de conocer, de investigar, de sentir y de relacionarse, produciendo como resultado la *realidad* sociocultural en la que habitan los sujetos.

Lyotard (1984) ha señalado como

característico de la posmodernidad la “pérdida de creencias”. Esto significa que los pensadores reunidos bajo el rótulo de “posmodernos” han abandonado la creencia en los “grandes relatos” junto con sus anhelos de unidad y sus intentos de fundamentación última. Los grandes relatos –para Lyotard–, siempre fueron intentos por comprender el todo. El hecho de que hoy los grandes relatos hayan perdido credibilidad tiene como consecuencia natural el derrumbe de viejas certezas (creencias) y, por lo tanto, conduce a una profunda crisis de orientación. De este modo, la crisis parece ser el terreno de la época actual, después de un siglo que ha soportado conmociones radicales en todos los ámbitos de la ciencia, la cultura y la sociedad.

La elaboración de un proyecto personal

En este contexto de emergencia permanente, de mutaciones características y visiones parciales, es necesario ubicar de qué manera el sujeto se posiciona y da su respuesta. Cómo fabrica su proyecto personal con los recursos y herramientas de que dispone.

La cultura contempla, para el sujeto, la esperanza y la confianza de que su proyecto tenga cabida, como así también sus correspondientes mecanismos de exclusión. Sin embargo, en la historia de la cultura existe otro modelo que se opone a éste y según el cual los límites están justamente para ser franqueados. El psicoanálisis conceptualizó la transgresión como una energía propulsora, como la manera en que el sujeto accede a su historización y como la forma de establecer la diferencia con lo otro.

Lo inédito, lo original y lo innovador son característicos de la posmodernidad. Paradójicamente, los acontecimientos más significativos de la historia han

sido, en sus comienzos, excluidos por el mismo motivo que hoy son bienvenidos. La gestación de esos grandes proyectos de la humanidad siempre comenzó de forma lateral, siempre se toparon con el obstáculo de la época que los vio nacer, y sólo tiempo después fueron la revelación de lo distinto. En sus comienzos, lo nuevo estuvo excluido de la historia, mientras que los acontecimientos se situaban en la perspectiva del reconocimiento del modelo básico fraguado más allá del tiempo. El giro introducido por el paradigma de la posmodernidad, nos lleva a decir que la característica de los proyectos en la actualidad es que necesitan su tiempo de florecimiento. Que todo proyecto no conoce el éxito sólo por su enunciado, que los proyectos son más modestos y que no hay proyecto que en sus comienzos no haya sido el producto del anonimato. Si hay algo que decir de los proyectos es que son transitorios, no hay certezas ni garantías pero generan expectativas para quienes los elaboran. Ellos dan un sentido y orientan al sujeto en la vida, asegurándole una identidad, una pertenencia y una perspectiva.

Un proyecto no es algo dado, ya construido, recibido por transmisión o herencia; en todo caso, si lo es, el sujeto no lo recibe pasivamente, porque para él se juega su historia y sus posibilidades. De modo tal que, si se encuentra en una posición pasiva, sólo será el mero receptor de algo ya dado, ya hecho por otros; en cambio, si se ubica de modo activo tendrá que desplegar el conjunto de recursos con los que cuenta para construirse uno propio. Construir un proyecto significa para el sujeto contar una orientación, significa cargar de expectativas una meta, significa poner en juego la subjetividad, significa la posibilidad de desplegar sus habilidades y re-

ursos. Pero también, se trata de construir un proyecto personal que adquiera *sentido* para quien lo formula. Un proyecto con sentido representa el conjunto de significaciones personales y familiares puesto en juego en la arquitectura psíquica del sujeto. En la elaboración de un proyecto se juega para el sujeto el reconocimiento de sus destrezas y potencialidades, la forma en que puede utilizar sus recursos y la forma en que reconozca sus limitaciones, aunque éstas no como autolimitaciones, sino como el reconocimiento de un trabajo por hacer. Lograr el reconocimiento de las limitaciones no implica asumir una perspectiva negativa, por el contrario supone la tarea de reconocerlas para trabajarlas. El no reconocimiento de las limitaciones genera omnipotencia, prepotencia o cuando no ceguera, lo cual podría lesionar o poner en peligro la concreción de un proyecto. Por esta razón, un buen trabajo de reconocimiento de las habilidades y recursos con los que cuenta un sujeto es tan importante como el reconocimiento y la aceptación de un trabajo de las limitaciones y obstáculos que se suceden en toda programación de proyectos.

Las repuestas del sujeto ante la época

La época parece sumergirse en la desorientación, no sólo los grandes proyectos han caído, sino también los propios proyectos más modestos parecen sumergirse en las turbulencias contemporáneas. Ante esta situación, cabe la pregunta sobre cuáles son las posibilidades del sujeto en los momentos de crisis. Los escenarios de cambios profundos a comienzos de siglo plantean verdaderos desafíos para las personas en las distintas etapas de la vida. Las transformaciones a las que estamos asistiendo en los

LOS TIEMPOS DE LA ORIENTACIÓN

órdenes económicos, social, tecnológico y laboral modifican viejos ordenamientos, a la vez que nuevos contextos se van definiendo. El contexto social cambiante se entrelaza con la propia problemática vital, en etapas de la vida que transparentan momentos de crisis y transiciones. Según Aisenson et al. (1999), el abordaje de estas temáticas nos han permitido conocer la manera en que los proyectos de vida y los recursos personales ayudan a enfrentar las transiciones, en la búsqueda de elecciones más autónomas para la inserción laboral, educacional y social.

Como la desorientación en los jóvenes se ha planteado en términos de síntoma *epocal* (Rossi, 2000), poder contar con un proyecto en la actualidad es un reaseguro ante la *desorientación*. Un proyecto es una orientación para quien trata de dar sentido a sus decisiones. La idea de elaborar un proyecto incluye la dimensión temporal, siendo la elección el punto de detención subjetiva en el proceso de objetivación. La definición del proyecto de vida puede tomarse como indicador del trabajo psíquico que el sujeto ha realizado en relación con la construcción de su identidad. En un proyecto el sujeto se juega la definición de su propia identidad. Como sostienen Aisenson et al. (1999), la construcción de la identidad es un proceso en el cual el sujeto se reconoce a sí mismo como una continuidad a través del tiempo, tratando de integrar las diferentes identificaciones configuradas a lo largo de sus experiencias vinculares. El proyecto de vida y la identidad se encuentran en una relación dialéctica, cada uno contribuye a la formación del otro. Si bien la identidad brinda un sentimiento de continuidad y mismidad a través del tiempo, también es cierto que implica la posibilidad de poder incorporar los cambios. En

estos tiempos, el cambio y la multiplicidad se han puesto en la cima de la escala de los valores (Assman, 1997). Como todos saben, el cambio es un fenómeno ambivalente: por un lado, se refiere a los cambios positivos que un sujeto ha efectuado para sí y, por el otro, se refiere a los cambios efectuados para sí que no sirvieron para nada. En su aspecto positivo, significa condición de progreso, de innovación, de recreación; por el contrario, en su aspecto negativo se denota un estancamiento, una inmovilidad o una improductividad.

Entre la continuidad y el cambio, la elaboración de un proyecto asume un papel constructivo para el sujeto. Al ser, el proyecto, un producto de la acción del sujeto, éste se inscribe como un hito histórico en su singularidad. Por esta razón, poder concebir un proyecto es poder hacer un corte en el tiempo, es producir una marca que opera como señal de cierto lazo con el futuro. Según Montero (2000, 2002) un “marcador temporal” es aquello que genera cambios, es lo que logra cortar el circuito de la repetición produciendo un hito temporal, tanto en la esfera de lo individual como de lo colectivo. Para el sujeto es la posibilidad de atribuir significados a ciertos eventos considerados lo bastante significativos como para introducir nuevas formas de comportamiento. En este sentido, un proyecto asume la perspectiva de ser un “marcador temporal” para el sujeto, cuando éste logra convertir la desorientación en un hito histórico cargado de significación.

Como mencionamos anteriormente, al diluirse los grandes proyectos, organizadores simbólicos del orden social, se fueron estableciendo nuevas configuraciones socioculturales que la época conceptualiza como la emergencia de las

incertidumbres. También, vale decir al respecto, que al desgajarse las certezas con la caída de los grandes proyectos, hemos ganado en nuevos interrogantes e inquietudes. En este contexto, la posibilidad de orientar el proyecto en un sentido auténtico está presente en todo momento, sobre todo en aquellas circunstancias personales de crisis vitales. En esos períodos pueden reorganizarse aquellas situaciones o decisiones que habían sido relegadas o inhibidas. Crear un proyecto en la actualidad pone en circulación la historia del sujeto, que resignifica los anhelos propios en relación con la nueva etapa. Como la identidad se reordena permanentemente en el trasfondo de experiencias cambiantes, operando como marcador temporal de la vida cotidiana, la pregunta por el porvenir se instala a partir de un trabajo de historización que permite desplegar las trazas de un proyecto anticipatorio.

Los tiempos de la orientación

Según Montero (2000, 2002), el *tiempo* es una construcción psicosocial y responde a formas de organización social: años, meses, días, horas, minutos, segundos y así sucesivamente, no son fenómenos naturales, sino que constituyen construcciones sociales de la humanidad. Para la autora, el tiempo es considerado como el resultado de eventos sociales que marcan cambios, como una construcción producto de las relaciones sociales en donde eventos de importancia individual y social señalan momentos. Aunque, desde una perspectiva psicoanalítica, el registro que hace el sujeto de ese tiempo es otro. En todo caso, al psicoanálisis le interesa un tiempo por fuera de ritmos biológicos o convenciones sociales. De acuerdo con Ferrari (1999), “el tiempo en psicoanálisis es el

tiempo del deseo”. El tiempo del deseo es radicalmente un tiempo ligado a la construcción *libidinal* del sujeto y a los efectos paradójicos y contradictorios del tiempo en el inconsciente. En sus trabajos metapsicológicos, Freud (1996a, 1996b) conceptualizó al inconsciente como atemporal. Sin embargo, es necesario aclarar que no se trata de que el inconsciente no reconozca ningún tiempo, sino que ignora las coordenadas espacio-temporales de la conciencia, de la vigilia, de la convención, etc. Puede decirse que existe en psicoanálisis una teoría de la temporalidad que no se corresponde con las nociones de tiempo cultural y socialmente establecidas.

No tenemos otra experiencia inmediata que la del presente, y nuestra concepción del tiempo nace de nuestra reflexión sobre esta experiencia. La conciencia de nuestra experiencia sobre una sucesión de acontecimientos psíquicos constituye el fundamento de nuestra experiencia del tiempo, que proyectada en el mundo exterior, da nacimiento a la concepción que hace el sujeto del tiempo. Traspuesto sobre ideas más o menos heterogéneas, formado de elementos diversos y separados unos de otros, el tiempo deviene objeto de consenso, y susceptible de ser medido. Esto marca el comienzo del tiempo objetivo producto de las convenciones humanas.

El tiempo se transforma en algo importante sólo en sociedades industriales avanzadas y complejas como la nuestra. Como hecho histórico, sabemos del complejo proceso que llevó a la instrumentación del tiempo durante la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo. En efecto, a comienzos del siglo XVIII se evidencia el traslado del tiempo entendido como “orden divino” a una concepción del tiempo reglado por las

LOS TIEMPOS DE LA ORIENTACIÓN

convenciones humanas, producido por la introducción de nuevas formas de trabajo. Se desprende a partir de allí una noción instrumental del tiempo y con ello nuevas formas de conocer, de percibir, de dar sentido al mundo y de organizar la vida cotidiana. Parece haber sido siempre una necesidad humana el hecho de objetivar el tiempo como dispositivo cognitivo básico (Ford, 1994).

En este sentido, las medidas de tiempo se fueron convirtiendo en una suerte de orden socialmente determinado: infancia, adolescencia, juventud, vejez, ancianidad, etc. El interrogante surge cuando el sujeto aprisionado por el tiempo se enfrenta ante ciertas elecciones que implican ajustarse a esos tiempos socialmente establecidos. Desde el psicoanálisis, sabemos la distinción hecha por Lacan (1990), donde el tiempo cronológico no se corresponde con el tiempo subjetivo. El paso del tiempo, para las sociedades es sinónimo de corrosión o innovación. Ante esta situación, el sujeto se ve en la necesidad de buscar una transacción entre sus motivaciones particulares y las ofertas socialmente determinadas.

El tiempo constituye una de las coordenadas esenciales de la realidad cotidiana del sujeto. No existe un pasado en sí, tan sólo existe un pasado en relación con el presente. De modo que, el pasado, el presente y el futuro se unen en un ciclo reflexivo en el que cada uno recibe un significado de los otros dos. Sin embargo, es obvio que el presente es el único marco temporal de la acción. La idea misma de que un problema esté situado fuera del presente, lo vuelve insoluble. Un suceso que de acuerdo con un marco temporal lineal está localizado en el pasado lejano, se puede alcanzar –siempre que ello sea posible– únicamente por

medio de largos viajes temporales. La noción freudiana del “a posteriori” (*nachträglich*) se fundamenta en la idea de que un suceso actual es reconducido al pasado haciendo emerger una nueva significación en el presente (Freud, 1996c). El cambio, cuando es requerido, se induce desatando las rígidas ataduras entre pasado, presente y futuro y estableciendo nuevas relaciones mediante la reconstrucción de otras posibilidades. El juego de esta experiencia recíproca entre pasado, presente y futuro se hacen uno en el tiempo del inconsciente.

La presión ejercida por los deseos inconscientes conduce al sujeto a buscar ciertas experiencias y a privilegiar una por sobre otras. El azar de la experiencia cotidiana estimula los deseos que están en relación con los deseos inconscientes. Así como en el sueño, las vivencias del día operan como resto diurno, aportando el material en donde se va a disfrazar el deseo inconsciente. Prosiguiendo con la analogía, el deseo será el motor necesario que aportará la energía para la elaboración del proyecto. Si la condensación y el desplazamiento son los artesanos que trabajan en la temporalidad del aparato psíquico, la elaboración del proyecto estará signado por estas leyes. En el pasaje de la elección y elaboración de un proyecto se manifiesta, para el sujeto, la habilitación para la construcción de sentidos, en los que se van inscribiendo los significantes que articulan la pregunta por el deseo. El hecho demostrable de que tal o cual forma de vivencia del tiempo es susceptible de representar directamente tendencias inconscientes de cumplimiento de deseos, pone el acento sobre aquello que venimos trabajando, es decir la elaboración de un proyecto personal marcado por la temporalidad del deseo.

La relación con el tiempo el sujeto la vive de diversas maneras. En ocasiones, para el sujeto, la elaboración de un proyecto se juega del lado de una “formación de compromiso” o “transacción” entre los deseos y motivaciones particulares y las demandas y requerimientos que se le presentan. También, son muchos los sujetos para los cuales la lucha contra el tiempo de los relojes representa la lucha sin fin contra las exigencias del superyó. Sin embargo, la rebelión contra el tiempo más rica en significaciones es aquella en la que el hombre está condenado desde siempre y para siempre a perder: la lucha contra la muerte. La muerte es la ilustración ejemplar de la herida narcisística. El instante de la muerte representa una experiencia que no encuentra representación en el psiquismo del sujeto, pero sin embargo opera con un sentido de destino. El hecho de que el psicoanálisis trabaje la idea del tiempo referida a la legalidad del inconsciente permite crear una dimensión totalmente distinta para hablar del sujeto. La forma de quedarse detenido en el pasado, así como el deseo de volver atrás en el tiempo para rescribir la propia historia, representan una tentativa de actualizar en el presente aquello que en el pasado se había revelado como imposible o inaccesible.

En este contexto, es importante destacar los diversos órdenes temporales que se suceden en toda elaboración de proyecto, ya que si no se cuenta con una idea del tiempo totalmente ajena al tiempo socialmente establecido, nuestros entendimientos y explicaciones se verán lesionados o, al menos, limitados. Con esto queremos señalar la importancia de contar con teorías –como el psicoanálisis– que den un tratamiento distinto al papel del tiempo y que a su vez nos per-

mitan un esclarecimiento de los diversos factores temporales actuantes en toda elaboración de proyectos. No obstante, ello no quiere decir que uno olvide las coordenadas socialmente establecidas o que privilegie unas sobre otras, más bien, de lo que se trata es de poder producir un esclarecimiento de los factores temporales que interactúan recíprocamente en toda elaboración de proyectos. Sin estas distinciones esenciales entre tiempo singular y tiempo social, podríamos caer en la ilusión o creencia de un tiempo homogéneo, compacto o comparado por todos en igualdad de condiciones y vivido de la misma manera.

Reflexiones finales

En la actualidad, poder contar con un proyecto es un respaldo ante la desorientación, la incertidumbre y la desesperanza. La posibilidad de elaborar proyectos aún sigue siendo el sentido auténtico del ser humano. Si bien es cierto, como hemos mencionado más arriba, que la posmodernidad se ha caracterizado por la “pérdida de creencias”, por “el final de los grandes proyectos” y “la emergencia de la incertidumbre”, también hay que decir que aún sigue vigente la posibilidad del sujeto para construir su proyecto. En un tiempo donde reina lo espontáneo, la falta de garantías y la vertiginosidad de los cambios sociales, se hace necesario revisar nuestras categorías de análisis, nuestros conceptos y nuestros paradigmas posicionados desde un pensamiento crítico, única garantía para no quedar atrapados en un pensamiento recurrente.

Sabemos que todo tiempo pasado es un tiempo definitivamente perdido. Pero la versión que guarda el sujeto en su memoria es la que cuenta como historia, historia que está siempre marcada por el

LOS TIEMPOS DE LA ORIENTACIÓN

movimiento libidinal y el recorrido identificatorio en sus diferentes etapas. Es en ese trabajo de historización que el sujeto opera sobre su propio tiempo, dando cuenta del pasaje del tiempo biológico y social al tiempo psíquico, que no es otro que el tiempo del deseo. Esta forma de historia significativa siempre reconstruida en una resignificación continua y que imputa al pasado la causa del presente que vivimos y del futuro que esperamos -con placer o con angustia-, es la historia con la que cuenta el sujeto. Según Aulagnier (1994a, 1994b) el proceso identificatorio es la cara oculta de ese trabajo de historización que transforma el tiempo físico en un tiempo psíquico, en un tiempo humano, sustituyendo un tiempo definitivamente perdido por un discurso que lo hable.

Como señala Castoriadis (1994), una crítica incapaz de plantear otros principios que los que critica, está condenada precisamente a permanecer ella misma en el círculo definido por los objetos criticados. En este caso, el presente vivido por el sujeto será desposeído de toda referencia, de todo anclaje que le asegure un aporte de sentido. Su existencia no tendrá otra causa que un azar sin finalidad, quedará colocado en la posición de un sujeto sin causa, donde su pasado -lejos de dar sentido a su presente- le develará su precariedad, su incomprendibilidad y su recurrencia. Por el contrario, una elaboración crítica es aquella que permite salir de la encerrona del círculo repetitivo, autorizando otra versión que posibilite la construcción de nuevos sentidos. De la manera en que el sujeto dé sentido al tiempo, la historia y su deseo serán las posibilidades que tendrá para construir su proyecto personal.

De este modo, autorizarse a realizar un proyecto es poder invertir un objeto,

ya sea de conocimiento, de labor artística, de ejercicio laboral o profesional. Si contar con un proyecto es contar con un objeto posible de ser investido, entonces las experiencias y los deseos del pasado se encuentran lanzados sobre el objeto del presente. Contar con un proyecto es contar con un objeto, en donde se despliega para el sujeto el marco de las fantasías, los deseos, las restricciones y las posibilidades. Para ello es necesario contar con los recursos psíquicos habilitantes, es decir las operaciones que el sujeto despliega para proveerse de una historia. Esa historia indispensable y necesaria para que el sujeto encuentre en su presente una razón que le permita sostener esa apuesta azarosa que consiste en invertir el futuro, a través de sus deseos disfrazados en proyectos.

Referencias

- Aisenson, D., Figari, C., Monedero, F., Legaspi, L., Batlle, S., Sarmiento, G. et al. (1999). Orientación Vocacional: Proyecto de vida, adquisición de recursos personales y trabajo. *Ensayos y Experiencias*, 5(28), 3-23.
- Assman, A. (1997). Estrategias temporales: Algunas conexiones transversales entre terapia sistémica y la teoría de la conducta. En H. R. Fischer, A. Retzer y J. Schweizer (Comps.), *El final de los grandes proyectos*. Barcelona: Gedisa.
- Aulagnier, P. (1994a). Coincidencias temporales. En J. Arlow, A. Green y P. Aulagnier, *El tiempo en psicoanálisis. Zona Erógena*, 18. Recuperado de http://www.educ.ar/educar/servlet/Downloads/S_BD_ZONAEROGENA18/ZE1807.PDF
- Aulagnier, P. (1994b). Construir(se) un pasado. *A.P.D.E.B.A.*, 12(3), 441-446.
- Castoriadis, C. (1994). Tiempo e imaginación. En *Zona Erógena*, 18. Recuperado de http://www.educ.ar/educar/servlet/Downloads/S_BD_ZONAEROGENA18/ZE1808.PDF
- Ferrari, L. (1999). El tiempo, psicoanálisis y orientación vocacional. *Ensayos y Experiencias*, 5(28), 36-49.
- Fischer, H. R. (1997). Sobre el final de los grandes proyectos. En H. R. Fischer, A. Retzer y J. Schweizer (Comps.), *El final de los grandes proyectos*. Barcelona: Gedisa.

GALLEGOS

- Ford, A. (1994). Mientras hablo huye el tiempo. Temporalidad: dispositivos cognitivos e historia. En S. Bleichmar (Comp.), *Temporalidad, determinación y azar*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1996a). La represión. En Sigmund Freud, *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1996b). Lo inconsciente. En Sigmund Freud, *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1996c). Recordar, repetir y reelaborar. En Sigmund Freud, *Obras completas* (Vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1990). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kuhn, T. (1988). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Lyotard, J. F. (1984). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Montero, M. (2000). La construcción psicosocial del tiempo y el cambio social. *Orientación y Sociedad*, 2, 71-85.
- Montero, M. (2002). Tiempo y transformación social: construcción y desconstrucción. En *Psyche*, 11(2), 215-223.
- Rossi, D. G. (2000). La (des)orientación vocacional en los jóvenes: un síntoma epocal. *Revista Facultad de Psicología-UNR. Docencia e Investigación*, 3(1- 2).